

Candelario Obeso

GENERAL RAFAEL CAPELLA*

Obeso me amaba con particular cariño!

¿Cuánto le correspondía yo?...

Sólo Dios que es la verdad puede medir la diferencia entre nuestros recíprocos afectos...

Una ocasión, de tantas como tuvo difíciles en su vida, se presentó a mi pieza y me dijo:

—General, necesito de la firma de usted.

—Disponga de ella, le repuse sin vacilar.

—Firme pues. Y me presentó un escrito en papel común con la estampilla nacional.

Yo firmé sin saber lo que firmaba.

Obeso tenía derecho para esperar de mí ese voto de confianza.

Un mes más tarde estábamos el 28 de diciembre de 1880.

* Este texto apareció publicado en su libro *Leyendas históricas* (1948), 4ª ed., Bogotá: Minerva.

El señor don Daniel Acevedo persona que también amaba a Obeso; grande amigo mío, como que tenemos la tradición de la infancia, del colegio y de los campos de batalla, se entró de rondón a mi pieza y sin saludarme siquiera sin exordio, me echó a la cara estas palabras:

—Candelario está vendiendo gran parte de sus libros.

—¿Y eso por qué? Le repuse sin comprender el sentido de sus palabras.

—Porque hoy se le cumple el plazo en el Banco Popular.

—Pero bien, ¿Y qué? Explícate.

—¿No recuerdas que hace un mes le dimos nuestras firmas para que tomara en el Banco \$200?

—De veras! Le dije, tratando de componer mis ideas.

—¡Pero hombre! Exclamó Daniel, con principio de mal humor, te olvidas de que la obligación está firmada por los dos, como fiadores?

A estas palabras todo lo comprendí. Permanecí por unos momentos meditando, y luego le dije:

—Tú que eres más experimentado que yo en estos asuntos, aconséjame: dime lo que debemos hacer.

—Pues está claro: impedir que Obeso se deshaga de sus libros, y pagar la obligación.

—Dirigí a Daniel una mirada de angustia...

—No hay remedio continuo con noble decisión, yo me voy al Banco: vete tú donde los usureros: y si hubiese que pelear, ese es tu oficio.

Como es sabido, por la época a la que me refiero, mi situación era bien triste. Los sucesos políticos del estado del Magdalena me habían traído a esta capital, entre derrotado y prisionero. Valiéronme entonces antiguas relaciones.

¿Qué hacer?

El general González Garro, el coronel Dávila y el doctor Octavio de la Espriella, representantes al Congreso paisanos y amigos míos, habían montado casa, y por lo mismo era fácil hallarlos reunidos.

Me dirigí a ellos y les expuse cuanto estaba sucediendo con el dinero que me dieron, no sin disgustos y molestias, principié a manumitir los libros de Obeso; libros preciosos sobre todo por las notas que el infortunado vate había escrito en los márgenes, fruto de sus meditaciones y estudios.

Daniel y yo que nos buscábamos para darnos cuenta de nuestro cometido, nos hallamos en la esquina de la primera calle de Florián.

De repente apareció Obeso y sin que nos pudiera evitar. Estaba lleno de emoción y casi blanco, con esa blancura amarillenta que presta la luna a las hojas de los arboles.

En aquella situación, era muy difícil pronunciar la primera palabra. Sin embargo, Daniel, que es hombre de mundo le habló sin dificultad.

—Ven con nosotros, le dijo, para que nos ayudes a terciar en el disgusto de Octavio con González.

Tranquilizose un tanto el poeta y nos pusimos en camino.

Con personas inteligentes, una mirada, media palabra basta.

González, Dávila y Octavio, que estaban en el secreto, principiaron su papel.

Después de algún tiempo una conversación seria y al parecer reposada Dávila llamó a parte a Obeso y le dijo:

—Enseguida, pero sin excusa, escriba usted una sátira anatematizando el duelo.

El vate reflexionó un momento, y expuso:

—No hay más sino referir el lance entre Emilio de Girandín y Armando Carroll y deducir la consecuencia moral.

—Exacto, afirmó Dávila: manos a la obra.

Y lo encaminó para su pieza privada en donde se hallaban los libros rescatados.

Pasados unos instantes, Obeso se presentó en la sala en que nos hallábamos reunidos, desconcertado y lívido: parecía que hubiera visto la cabeza de la Medusa.

—Inocente mariposa, le gritamos en coro.

—Verdad que sí; hoy estamos a 28 de diciembre, contestó el poeta entre humillado y triste.

Luego con ese poder que ejercen los hombres superiores sobre ellos mismos, llamó a un criado de la casa y le dijo con arrogancia:

—Pronto, la comida: tenemos tres convidados.

Aludía a él, a Daniel y a mí.

En esto había gracia y talento.

La comida fue bulliciosa. Se comprende: hombres solos...

A los postres, Obeso habló largamente acerca de las leyes de la naturaleza y la inconveniencia de ciertas leyes sociales.

Luego subió el tono hasta el lirismo:

—Yo jamás he ofendido a nadie, exclamó; pido prestado y obligo a mis amigos, no sólo para satisfacer las propias miserias, sino también las ajenas. La patria tiene obligación de formar buenos ciudadanos: los ciudadanos que forman la patria tienen obligación de ser dignos: pero a los hombres de talento en esto que se llama República democrática, ¿Qué esperanza social le queda por sus esfuerzos? De mi sé decir que mi posición no corresponde bien con mi situación. ¿Cómo explicar este desequilibrio entre las leyes de la naturaleza y las leyes de la sociedad, ¿Cuáles son las preferibles? ¿La educación y el talento son un bien o son un mal?

Y ya iba a perderse en el dédalo de la filosofía moderna cuando Octavio interrumpió:

—Obeso, yo creo en las reparaciones.

—Sí, pueda ser que se cumplan después de la muerte, contestó como con tedio de si mismo!...

El día 3 de julio de 1884 murió el ilustre vate. Una bala lo detuvo en su vuelo, cuando se remontaba hasta el Olimpo.

¿Fue aquello una premeditación?...

Hay otra vida mejor...

¿Noble amigo, tras el cansancio de la vida, viene el reposo de la muerte...
Yo creo como dice Octavio, en las reparaciones!

Quizás en el mundo estabas de más y en el cielo de menos.

¡Sólo Dios sabe lo que hace!...

(Santa Marta, 1888)

